



PERIÓDICO CRISTIANO.

AÑO IV.

SABADO 15 DE JUNIO DE 1872.

NÚM. 103.



DAMASCO.

LA LUZ.

Días pasados insertaban los periódicos un despacho de Berlín, en que se decía que según un proyecto de ley que el Consejo federal debe presentar en breve al Parlamento, quedará privado en adelante de la ciudadanía alemana, todo aquel que esté afiliado á la Compañía de Jesús.

Mientras n testras gentes de gobierno se preparan á encender cirios que no volverán á en-

cenderse, y á adorar llagas si hay alguna buena Sor Patrocinio que tenga el don de procurárselas, y á llamar nuncios y á desarrugar el ceño de los curas, que no se desarruga, el buen sentido del gran pueblo alemán se prepara á caer con inusitada furia sobre esa vanguardia de las tinieblas, sobre esas gentes sin patria y sin ley conocidas verdaderos zingaros de la civilización presente, y que obedecen no más á reglas cuyo sentido misterioso solo en Roma y en el Gesa se posee.

El jesuitismo hoy ya no puede luchar con

la libertad, y sin embargo, ¡cuán temible es todavía! Y en España más que en ninguna otra parte, donde siempre hay corrientes reaccionarias subterráneas, que precipitan las cosas y las instituciones en manos de una teocracia desatentada y afanosa ante todo de recuperar, en lo posible, las dignidades, los honores y los bienes que en otro tiempo poseyó.

La verdad es que esa Compañía de Jesús es una asociación siniestra y terrible. Pesa sobre la civilización europea desde hace trescientos años; pero la víctima es demasiado grande, y el

mónstruo es demasiado pequeño. Nos acordamos de aquella famosa frase del conde de Benet al llegar á Austria los primeros jesuitas expulsados por la revolución de Setiembre: «¡Qué clase de gentes serán estas cuando de todas partes los echan!»

¡Oh, si se hubiera creído á Melchor Cano, el famoso teólogo, uno de los más ilustres varones del Concilio de Trento! Este prelado decía que esta sociedad causaría á la Iglesia males sin cuento, que era una sociedad anti-cristiana que no podía ser y no era seguramente sino la precursora del ante-Cristo: escribiendo al P. Regla, confesor de Carlos V, le decía en 1548: «Ojalá se dé crédito á mis palabras.... Si se deja que los padres de la Compañía sigan al mismo paso con que han empezado, no permita Dios que llegue un tiempo en que los soberanos quieran resistirles y no puedan.» Y eso que la famosa Compañía apenas acababa de nacer.

Hoy lo poco que pueden, lo hacen como siempre, sordamente y á la zapa. Estrujan hasta lo último la conciencia de un pobre Papa viejo y decrepito. Precipitan la ruina del papado. Ellos nacieron en los albores de la Reforma para combatirla; pero puede decirse que no han nacido más que para exaltar lo que venían á combatir. Si la Reforma de la Iglesia no hubiera sido necesaria ya, ¿no la hubieran hecho precisa ellos con sus inmundicias, sus captaciones y todo su atalaje de escándalos?

Ellos fueron los que escitaron los furiosos de la liga en Francia: ellos los que cometieron en Alemania toda clase de tropelías para apoderarse de los bienes de las abadías de las antiguas órdenes: ellos los que prepararon en Portugal los funestos acontecimientos de la muerte del rey D. Sebastian: ellos los que levantaron terribles persecuciones contra los obispos, clérigos, misioneros y todos los que no se les sometían en China: ellos los que se distinguieron en Polonia por su ensañamiento contra la Universidad de Cracovia: ellos los que cometieron espantosos horrores contra el venerable obispo de Angelópolis; y ellos, en fin, son hoy los que tienen sometida á nuestra pobre Filipinas y que hacen y deshacen en ella como cuadra á su omnipotencia.

Hacen falta hombres como Roda, como Pombar en frente de ese jesuitismo corruptor y envenenado que aun vive entre nosotros: hace falta que los Gobiernos se pongan resueltamente al lado de la libertad y eso bastará: hace falta que no se inclinen las situaciones hacia teorías juzgadas por la historia y desacreditadas en la opinión: hace falta luz, democracia y verdadera religión, y los murciélagos de todos linajes que revolotean siempre en todas las situaciones en que hay más crepúsculo que aurora, morirán: hace falta, en fin, el Evangelio.

Creemos que al ultramontanismo, que es hasta cierto punto el jesuitismo, le quedan pocos días de vida; los pocos que puede vivir el excelente Pio IX.

MOISÉS.

VI.

Con la libertad sucede un fenómeno notable. Cuando un pueblo gime y llora bajo la mano de hierro de un tirano cualquiera, no hay más que un solo pensamiento y una sola protesta; si llegáramos á obtener la libertad, ¿qué buen uso

haríamos de ella! Pero la libertad se alcanza, y entonces ya es otra cosa. Nacen partidos, se forman divisiones, se hace todo lo posible por perderla. Otro tanto sucedió al pueblo judío. Todavía no se había obtenido más que la primera victoria; había que atravesar el desierto con los pies desnudos; había que vencer las inclemencias de la naturaleza y los ataques de los enemigos que brotaran las arenas del desierto. Era mucho para las almas débiles, y entre los hebreos iban muchísimas.

Coré se puso al frente, con Datan y Abiron, de los descontentos. Aspiraban ellos quizá á apoderarse de la dictadura que ejercía Moisés. Se pusieron al frente de 250 hombres, *principes de la congregacion, de los del consejo, varones de nombradía*.

Sus quejas eran estas: «¿Por qué se imponen Moisés y Aaron al pueblo? ¿Quién les ha dado ese derecho á ellos solos? ¿No somos santos todos los de la congregacion, y Jehová no habla por nuestros labios lo mismo que por los suyos? ¿Por qué, pues, os levantaís vosotros sobre la congregacion de Jehová? ¿Por qué os levantaís sobre las decisiones de la Asamblea?»

Coré, bajo cierto punto de vista, bajo el punto de vista del derecho humano, obraba bien. Pero al pedir, como hay motivos históricos bastantes para creer que él no censuraba aquella dictadura que ejercía Moisés sino porque quería una parte de ella, al pedir la conclusion de aquella dictadura, olvidaba una cosa y ciertamente de las más graves. Olvidaba que muchas veces para formar las costumbres de la libertad, son precisas autoridades de este género. Moisés, por otra parte, no negaba que él usaba de una autoridad omnimoda; comprendía lo que hacía. Su dictadura no era más que una dictadura en favor de la libertad y de su pueblo, sancionada por Dios y aprobada por los más fuertes y los más inteligentes de entre los israelitas. Así que cuando llegó uno á advertirle que los suyos profetizaban, se le escapó del alma esta frase: «¡Ojalá que todo el pueblo fuese profeta y el Eterno inspirase su espíritu á todos!» Estas palabras prueban que él mismo hubiera querido no ejercer aquella autoridad omnipotente que Dios y el estado moral de su pueblo le conferían.

Coré y los suyos murieron. Aun cuando Dios mismo no los hubiera condenado y muerto, debían morir porque Moisés en su tiempo representaba el porvenir; y haber entregado la autoridad en manos de una facción, habría sido por este mero hecho entregarla á las rivalidades de todas las facciones y perder la que tantos trabajos había costado conquistar. El terror, malo siempre, salva á veces.

Han dicho algunos que el pueblo hebreo no fué artista por haber prohibido Dios la representación de todo ser hecho por la mano del hombre. Lo primero era salvar la idea de la unidad de Dios. Aquel pueblo propenso á la idolatría se hubiera inclinado mejor todavía que el griego ante la estatua de cualquier mal artista. Si entre los hebreos no hubo por esta causa arte nacional, en cambio ellos han sido los que han transmitido al cristianismo intacta y pura la idea de la unidad de Dios.

También se censura al pueblo hebreo por las luchas que sostuvo en su peregrinación por el desierto. Se dice que fué implacable, feroz y sanguinario. Es necesario desconocer mucho la historia antigua. En aquellos tiempos primitivos, cuando dos civilizaciones se encontraban, ¿qué sucedía? luchaban. Moisés no quería dar por esto á su pueblo un carácter aventurero y conquis-

tador, no: ¿pero qué pueblo antiguo ha llegado á la paz al salir de una servidumbre sino por medio de la guerra? ¿Cómo se han hecho triunfar las ideas nuevas, y aun hoy mismo sucede, sino por medio de la violencia? Los pueblos que se presentaban ante los hebreos, luchaban por dos razones; primero porque veían á unos extranjeros invadir su suelo, y porque aquellos extranjeros traían un Dios y una religion totalmente diferente de la suya. Los hebreos tenían que luchar, y aun cuando no hubiese sido por esto, hubieran tenido que luchar siempre, para conquistar una tierra nueva donde realizar las nuevas ideas que traían á la vida. Los puritanos no hubieran podido levantar en la vieja y podrida Europa el Nuevo Mundo moral y material que han levantado en América. Como la idea antigua se realizó en Oriente, y la idea media, si podemos llamarla así, se realiza en Europa, la idea futura se realizará en América. A nuevas ideas, nuevos países.

LA IDEA RELIGIOSA EN INGLATERRA.

Hay en Europa una nacion que silenciosamente trabaja, y cuyos trabajos toman casi siempre una forma positiva. Esta nacion es la Inglaterra. En el campo de la política, ella ha sido la maestra de la Europa. Desde 1215, su Carta ha sido el punto de partida de todas las legislaciones modernas. Montesquieu y Rousseau, en ella han bebido sus inspiraciones, y aun hoy mismo es objeto de estudio para los políticos y de observacion para los diplomáticos. Esta gran libertad constitucional que desde hace tiempo se fortifica y desarrolla en Inglaterra hasta el punto de estar encarnada en su legislacion é incrustada en sus costumbres, ha creado la libertad religiosa.

Los que no han querido cadenas para su pensamiento, no las han querido tampoco para su conciencia. La ruptura con la corte de Roma, no fué más que el resultado necesario de la agitacion política que comienza en Guillermo el Bastardo.

No podía suceder otra cosa. La intolerancia civil, engendra forzosamente la intolerancia religiosa. La tiranía política trae consigo la tiranía religiosa; el trono de Luis XIV tenia como consecuencia forzosa la revocacion del edicto de Nantes, y las ideas políticas de Felipe II hicieron brotar á Torquemada y al santo tribunal de la Inquisicion. «El árbol malo no puede dar buenos frutos. Por los frutos los reconocereis.» Ahí está la historia que lo dice; ahí están los países católicos que lo confirman. Al mismo tiempo que la política inspiraba al duque de Alba, el jesuita Mariana en su tratado *De rege et regis institutioni*, defendía la legitimidad del asesinato. No esperéis, pues, que la conciencia sea libre, allí donde no es libre el ciudadano.

En Inglaterra, una independencia trajo otra independencia, y el ciudadano libre engendró el libre creyente.

El hombre, dueño de su destino y de su pensamiento, creó al que aceptaba un dogma despues de haber sido vencido por la evidencia y no por el temor de la hoguera ó por los tormentos de los sombríos plomos ó de las siniestras góndolas. Es que la humanidad quiere las dos libertades, pero enteras, no mutiladas, porque los labios no pronuncian fervorosamente la plegaria que tiene un ritual, del cual no es posible que se aparten, so pena de la condenacion del brazo secular.

Bajo este punto de vista, por tanto, el protestantismo satisface la constante aspiracion de la humanidad. La Iglesia católica dijo y el Estado la apoyó, que no había salvacion fuera de ella. En nombre de este principio, guiada por el deseo de que entrara en su seno el mayor número, encendió la hoguera y escribió su código negro. El pensamiento lleno de miedo se escondió. La herejía fué un delito de Estado. El papado soñó con Gregorio VII en la monarquía universal, y mientras

tanto el espíritu languidecía, huía á los claustros y se esparcía al exterior en la forma de un misticismo estéril.

Por otro lado, sin embargo, el espíritu trabajaba y comenzaba á protestar. Wiclef, á quien se ha llamado «la estrella de la mañana de la Reforma», Juan Huss, Gerónimo de Praga y un religioso agustino, Lutero, se revelaban contra este despotismo que sofocaba, y en nombre de la libertad del espíritu levantaban la bandera de la reforma. Porque no merece atención la opinión de los escritores católicos que quieren hacer nacer la Reforma de un sentimiento de ambición, como si fuera posible que un acto tan trascendental, tan filosófico, tan necesario, tuviera una causa tan mezquina, como si una protesta tan solemne no tuviera su fundamento en la misma razón humana que no quería morir asfixiada dentro de los muros del Vaticano.

La Inglaterra acogió la protesta prontamente. Su Constitución política necesitaba de aquel complemento. Y desde esta época se nota un gran desarrollo intelectual que se manifiesta todos los días en sus frecuentes disputas teológicas; porque en Inglaterra hay un movimiento de ideas no inferior al de Francia ni al de Alemania, y allí las cuestiones religiosas tienen una gran importancia, lo que demuestra que la idea es viva y potente, que el sentimiento religioso no ha caído agobiado ni por el ruido de sus fábricas, ni por el inmenso cúmulo de sus productos, ni por la energía febril de su su comercio, ni por el positivismo de su política internacional, ni por las luchas de su mundo industrial. Allí hay fe, pero no esa fe católica tan ligera, tan frívola, tan indiferente; sino una fe que descansa en un profundo conocimiento de su íntima evidencia, no una fe que empieza exigiendo como condición de existencia un señorío temporal.

Evidente es desde luego, que fe semejante ni huye la discusión ni teme la publicidad de alguno de sus errores. En Inglaterra se cree que es conveniente ir espulgándola y arrancando las malas yerbas que crecen en su campo; que no es ni cristiano ni prudente cerrar los ojos á la evidencia y acallar la conciencia que se resiste á creer ciertas contradicciones. Es, en efecto, un duro tormento para un alma honrada el suscribir ciertas creencias. ¿No ha sido el sentimiento de la verdad funesto para el mismo Dios en el corazón del hombre? ¿Es cristiano que un alma que se ha acostumbrado á hacer de lo verdadero un objeto de culto y que quiere ante todo ponerse en paz consigo misma, se imponga una creencia que la inteligencia rechaza, que el corazón repugna? Este es, pues, uno de los lados más hermosos del protestantismo. Él no quiere la fe ciega de los católicos; él cree que se puede protestar sin que por eso se pierda la gracia, sin que se caiga en el abismo triste y desconsolador del escepticismo. De aquí por qué muchos espíritus honrados, muchas almas simples, muchos cristianos sinceros, muchos pastores piadosos han iniciado en Inglaterra, en el seno del protestantismo, algunas discusiones que el espíritu eminentemente intolerante del catolicismo calificaría de cismas ó de perturbadoras herejías.

Esas almas honradas que han levantado su voz en medio del temor de los pusilánimes, no han tenido más móvil que su propia conciencia ni más motivo que sus escrúpulos. Son almas que no han predicado el escándalo, sino expuesto sus dudas y los tormentos que las agitaban cuando la reflexión decía «No» y la tradición decía «Si». Son espíritus que no han querido destruir, sino fortificar más la fe, encareciendo la idea de que es preciso que sea la más pura que se pueda, porque están convencidos que la incredulidad se esparce y arraiga por el empeño de los que quieren que á nada se toque, de los que aspiran á que transmitamos intactos á nuestros hijos los santos depósitos que heredamos de nuestros abuelos, de los que proclaman como norma de vida y regla de conducta la inmutabilidad.

Este espíritu liberal es el que domina en esos trabajos recientes de la Inglaterra. En esta se ha agitado fuertemente la opinión; pero nadie ha visto en dichos trabajos un ataque á las creencias fundamentales, ni un pretexto para hacer alarde de incredulidad. Podría citar como prueba de lo que llevo dicho, el volumen de los *Ensayos y Revistas* que hace algunos años tanto ruido hizo en Inglaterra por la aplicación que de la crítica histórica se hizo á los libros del Antiguo y Nuevo Testa-

mento, y más recientemente todavía la notable obra del obispo de Natal, en la cual la misma crítica conduce á algunos resultados inesperados, y que destruyen algunas de las afirmaciones de la Biblia, en el sentir del autor. No me detengo sobre esto, porque no me lo permite la índole de este ligerísimo trabajo.

¿Qué significa todo esto? ¿Qué enseñanza podemos sacar? Que la idea religiosa en Inglaterra es más que nunca viva y potente, y que el protestantismo nacido de una necesidad del espíritu, sigue obedeciendo á esa misma necesidad. Comparad esa idea religiosa que trabaja por depurarse con la idea católica, que trabaja por envolverse más y más en sus errores. Comparad ese espíritu vivificador del protestantismo, el cual hace su fuerza con el dogma de la inmutabilidad del catolicismo. Decid con la mano en la conciencia, sin el odio del sectario, del lado de quién está la mayor suma de verdad. ¿No veis al uno florecer y al otro irse hundiendo lentamente?

Madrid 1.º de Junio de 1872.

JOSÉ MANUEL PASCUAL.

CRÓNICA DEL VATICANO.

Con este título publica *El Imparcial* algunos párrafos de una correspondencia italiana de los que no queremos privar á nuestros lectores.

En esa correspondencia se ve cuántas son las intrigas y amañes á que obedece la elección de los Papas, y cuán desmoralizado es el poder que rige los destinos de millones y millones de almas inmortales.

Así dice *El Imparcial*:

«La muerte de la archiduquesa Sofia de Austria ha causado gran impresión en el Vaticano, que ha perdido una poderosa auxiliar. La archiduquesa, madre del emperador de Austria, no había podido cambiar la conducta del Austria respecto á la Santa Sede, pero contrabalanceaba muchas veces, en el ánimo del emperador, las tendencias de los ministros. Con la muerte de la archiduquesa, su hijo no estará bajo la influencia de las sugerencias clericales.

Los principales personajes del Vaticano ven que no hay esperanza de apoyo por parte de los gobiernos; pero abrigan todavía algunos de aquellos las más locas ilusiones, y desvanecido ya el fantasma de una intervención francesa, se dan á contar tan pronto con el triunfo de D. Carlos en España, como con el auxilio de Rusia. En el momento en que estas ilusiones desaparecen, las defecciones serán numerosísimas; el choque de las pasiones más violento, las discordias más profundas, las iras más implacables en el seno mismo del Vaticano.

Aunque el *statu quo* deba prolongarse mientras dure la vida del actual Pontífice, ¿quién sabe si entre estos tres mil habitantes aglomerados en torno del Papa no estallará una revolución de palacio como aquellas de Constantinopla? ¿Quién sabe si el cardenal Antonelli no se vería obligado á pedir auxilio á la autoridad italiana para reprimir un tumulto en las filas del disuelto ejército y de la «Sociedad para los intereses católicos»?

Ya se ven malas señales, precursoras de la descomposición general del partido temporalista, y algunos prelados del séquito de Su Santidad preparan sus *Memorias secretas para servir á la historia del pontificado de Pío IX*. Hay cierto cardenal que tiene un manuscrito, por cuya destrucción darian el Papa y el cardenal Antonelli más de un millón.

Entretanto la hinchazón de las piernas, de que sufre el Santo Padre, progresa considerablemente, y al doctor Sartori, médico del Papa, le causa suma inquietud esa recrudescencia de humores, que lleva consigo frecuentes desmayos.

El Papa quiere absolutamente llegar á un acuerdo con el Gobierno italiano acerca del *exequatur*. La situación actual no es tolerable, porque el Papa paga mensualmente 500 liras á cada obispo y 750 á cada arzobispo, y son 105, como ya el guarda-sellos lo declaró en la Cámara. Por esto se cree que se dará la autorización á los prelados para exhibir la bula de nombramiento siempre que el Gobierno italiano lo exija.

Entre los individuos del Sacro Colegio ninguno supera en fanatismo, y muy pocos en importancia en este

momento, al cardenal Annibal Capalti, romano, nacido el 21 de enero de 1811 y proclamado cardenal diácono el 13 de marzo de 1868 con el título de Santa María in Aquiró, prefecto de la Sacra Congregación de los estudios, individuo de las congregaciones Santa Romana, de la Universal inquisición y de los ritos.

Antes de vestir la púrpura tenía fama de templado y hasta liberal. Pero tan pronto como fué cardenal, fué todo del cardenal Antonelli, y más que de este de los jesuitas. De templado se hizo intolerante, furibundo. En materia de hogueras vá más allá que el cardenal Patrizi, pero guardando las formas; por ejemplo, haría quemar á los liberales, bien fuesen purpurados, prelados ó simples mortales; pero tomaría medidas caritativas para que las víctimas sufriesen la saludable acción de las llamas, que aseguraría la salvación de su alma, sin que les incomodase demasiado el humo.

A la presidencia que ejerció en el Concilio del Vaticano debe haber sido elegido por los jesuitas, por el cardenal Patrizi y el cardenal Antonelli, esto es, por las tres grandes potencias de la corte papal, para sucesor del actual Pontífice. Todos recuerdan cuán célebre se hizo la campanilla presidencial en manos del cardenal Capalti, sobre todo en aquella borrascosa sesión en que la mayoría enseñaba los puños al impávido y elocuentsísimo Strossmayer.

Para poder más fácilmente elegir al favorito de los jesuitas se hizo la famosísima secreta que permite crear el sucesor de Pío IX, sin las formalidades del cónclave, en la capilla Sixtina, presente *cadáver* del actual Pontífice. El cardenal Capalti ha ofrecido á Antonelli conservar su puesto de secretario de Estado; pero al mismo tiempo, para evitar el voto de exclusión de los gobiernos católicos, alardea de liberal con algunos diplomáticos extranjeros, con algunos altos personajes, y vá hasta sostener que es preciso que la Santa Sede se reconcilie con Italia. Hay gentes bastante cándidas para creer en esta hipocresía; pero si por desgracia llegase el cardenal Capalti á ceñir la tiara, surgiría para Italia un período de dificultades interiores, y para la Iglesia universal la era del Anticristo.

La actitud que ha tomado el imperio germánico es, sin embargo, muy de tener en cuenta para calcular las probabilidades de triunfo del cardenal Capalti contra el cardenal camarlingo de Angelis, ú otro aspirante que aun podría presentarse.

LA HUMILDAD.

Todos los que hemos tenido la dicha de conocer el Evangelio de Jesucristo debemos creer firmemente que nuestro Dios y nuestro Padre celestial se complace y regocija en que sus hijos practiquen la sublime doctrina que su Palabra encierra.

La base de la doctrina que nuestro único Redentor y Salvador predicó, estriba en la fe, en la esperanza y en la caridad.

¿Cómo podremos tener fe, esperanza y caridad si carecemos de humildad para pedirlos?

¿Cómo podremos llamarnos cristianos si no imitamos á Cristo?

Cristo, desde que nace en un pesebre hasta que espira en la cruz, nos dá magníficos ejemplos de humildad, y estos ejemplos debemos tener siempre presentes todos los que conocemos á Cristo, y para complacerle y cumplir nuestra obligación debemos ser humildes, amorosos y caritativos.

La humildad agrada sobremanera á nuestro Dios, porque en su infinita sabiduría conoce nuestra debilidad, comprende cuán fácilmente nos dejamos arrastrar por el amor propio, la soberbia y el orgullo.

Sabe que es preciso amarle mucho para que el hombre, despreciando las vanidades del mundo, llegue á ser humilde.

¿Puede haber amor sin humildad?

No, porque lo primero que hace todo el que verdaderamente ama es humillarse ante el objeto amado.

Hé aquí por qué si amamos á Dios debemos ser humildes.

¿Le reconocemos como á nuestro Dios y nuestro Padre?

Sí.

¿Estamos contentos con haber ingresado en el número de sus hijos?

Sí.

¿Los hijos deben obedecer á su padre?

Nada mas justo.

Entonces nosotros tenemos obligacion y debémós ser humildes y obedecer al Dios que por su infinita misericordia mandó á su único hijo para que derramando su preciosa sangre nos abriera las puertas del cielo que nuestros primeros padres cerraron al desobedecerle en el Paraíso.

Jesucristo nos ha dado sublimes pruebas de humildad.

La primera y la más importante para nosotros es la que dió obedeciendo á su padre, cargando con todos nuestros pecados para que hasta los mismos que le abofetearon y escupieron, le coronaron de espinas y le crucificaron pudieran entrar en el reino de Dios.

Para convencernos de lo mucho que le agrada la humildad nos dice en su divino Evangelio:

«Bienaventurados los mansos, porque ellos recibirán la tierra por heredad.» (San Mateo, cap. v, vers. 5.)

En otra parte nos dice: «No resistáis al mal; antes á cualquiera que te hiriere en tu mejilla diestra, vuélvele también la otra.» (San Mateo, cap. v, vers. 39.)

En el Evangelio segun San Mateo, cap. 48, desde el versículo 1 al 4, dice:

En aquel tiempo se llegaron los discípulos á Jesús, diciendo: ¿Quién es el mayor en el reino de los cielos?

Y llamando Jesús á un niño, le puso en medio de ellos, y dijo: «De cierto os digo, que si no os volviéreis y fuéreis como niños, no entrareis en el reino de los cielos.

Así que cualquiera que se humillare como este niño, este es el mayor en el reino de los cielos.

El mismo evangelista en el cap. xx, vers. 25, 26 y 27, dice:

Entonces Jesús, llamándolos, dijo: «Sabeis que los principes de los gentiles se enseñorean sobre ellos, y los que son grandes ejercen sobre ellos potestad.

Mas entre vosotros no será así: sino el que quisiere entre vosotros hacerse grande, será vuestro servidor; y el que quisiere entre vosotros ser el primero, será vuestro siervo.»

En el cap. xxiii, vers. 12, dice: «Porque el que se ensalzare será humillado, y el que se humillare será ensalzado.»

En el Evangelio, segun San Juan, cap. xiii, vers. 5, encontramos otro ejemplo sublime de humildad al leer las siguientes palabras:

«Luego puso agua en un lebrillo y comenzó á lavar los piés de los discípulos, y á limpiarlos con la toalla con que estaba ceñido.»

En el mismo Evangelio, cap. xviii, vers. 22 y 23, leemos:

«Y como él hubo dicho esto, uno de los criados que estaba allí, dió una bofetada á Jesús, diciendo: ¿Así respondes al Pontífice?

Respondióle Jesús: si hablé mal, dá testimonio del mal: y si bien, ¿por qué me hieres?»

Ejemplo grandioso y sublime que el Salvador del mundo nos dió para que, registrando nuestras conciencias, reflexionemos sobre nuestro comportamiento para con Dios y con nuestros hermanos y nos convecamos de que en vez de imitar á nuestro Divino Maestro, en vez de ser humildes, nos dejamos arrastrar por el amor propio, y en vez de amar á nuestro Dios y á nuestro prójimo le insultamos, injuriamos y escarnecemos, y al hacer esto con nuestros hermanos ofendemos mucho más á nuestro Dios, puesto que el padre siente más las ofensas que el hijo que las recibe.

Preguntemos á nuestras conciencias:

¿Son humildes los que blasfeman y maldicen el nombre de Dios?

¿Son humildes los amos que maltratan á sus criados?

¿Son humildes los criados que contestan con soberbia á sus amos?

¿Es humilde el esposo que pretende convertir su esposa en esclava?

¿Es humilde la esposa que falta al respeto al esposo?

¿Es humilde el hijo que desobedece á su padre?

¿Es humilde el que, llamándose ministro del Señor y tomando en la mano izquierda el Evangelio para que le sirva de escudo, empuña con la derecha el cuchillo para degollar á sus hermanos porque se niegan á esclavizar sus conciencias, porque no quieren que el hombre domine en donde solo puede dominar Dios?

¡Ah hermanos míos! cuántos disgustos, cuántas desgracias, cuántas lágrimas, cuántas heridas, cuántas muertes, cuánto llanto y desconsuelo se evitarían si comprendiésemos el valor de la humildad y la practicásemos teniendo presente que el ejemplo convence más que la palabra. He aquí la razon por la cual la doctrina del Crucificado, autorizada con su ejemplo y sellada con su preciosa sangre ha vivido, vive y vivirá á pesar de los esfuerzos que hagan los que, desconociendo el amor y la humildad que Jesucristo enseñó y arrastrados por la soberbia y la ambicion, quieren detener el triunfo del Evangelio; los que quieren arrancar ese árbol frondoso á cuya sombra podemos cobijarnos al cruzar este desierto que llaman vida.

El Evangelio es el único bálsamo que puede curar nuestros dolores, mitigar nuestras penas y dulcificar nuestras amarguras.

Practicando las máximas que encierra ese divino libro, siendo amorosos, caritativos, humildes y tolerantes, tendremos paz en el alma, tranquilidad en la conciencia, alegría en el corazón, y por último, alcanzaremos el premio que Dios tiene reservado para los hijos que le aman y obedecen.

MANUEL FERNANDEZ.

LA ORACION.

Jesucristo ha dicho que donde dos ó tres están reunidos en su nombre, es decir, en su pensamiento y en su voluntad, allí está El en medio de ellos. Unidos con Cristo, su oracion está necesariamente de acuerdo con el pensamiento y la voluntad de Dios, y es el poder de Dios en los hombres, segun la promesa de Jesús: «Todo lo que pidieris en mi nombre os será concedido por mi Padre que está en los cielos.»

Fundándose en estas palabras, los cristianos se congregan para orar; pero congregarse en un lugar cualquiera, no es todavía estar unido con Cristo, y la oracion se resiente de esta su primera y esencial condicion.

Sucede con frecuencia, que aquel que ora no se halla bien dispuesto para este acto, y la oracion se hace penosa y difícil. Como le falta al alma el soplo del espíritu para aproximarse á Dios, la oracion se convierte en una serie de palabras más ó menos bellas, más ó menos fáciles; pero el alma no se aproxima á Dios.

Consecuencia de este falso estado son las largas historias, que ninguna razon tienen de ser en la oracion, las largas exposiciones de doctrina, las polémicas contra determinada forma de culto, y mil otras sandeces que Dios no puede aprobar.

He visto algunas veces á personas que no atreviéndose á decir á otras frente á frente lo que de ellas pensaban, se han servido de la oracion para hacerlo. La intencion podrá haber sido buena, mas....

Y no se crea que nosotros condenamos la dulce confianza, la respetuosa familiaridad que debe existir entre el cristiano y el Dios que ha dado á su Hijo para rescatar al pecador; lo que nos parece mal, es que se aparente tener confianza con Dios cuando el alma está lejos de Dios.

Cuanto más elevado es un acto, tanto más es necesario respetarlo. Y digásenos ahora si existe algo más elevado que la oracion. Por eso la queremos respetuosa y libre. «El Espíritu solo vivifica, y donde está el Espíritu de Dios, allí está la libertad.»

MEDITACION.

¿Por qué misterio extraño, cuando un amor profundo Nos presta nueva vida que inflama el corazón, Por recompensa hallamos en este pobre mundo, Afecto compasivo ó amarga decepcion?...

¿Por qué en constante lucha miramos en la tierra,

La helada indiferencia y el amoroso afán?...
¿Por qué siempre sostienen encarnizada guerra,
Afectos posteriores con otros que se van?...

(Y cuando por ventura dos almas se adivinan
Y logran confundirse formando un solo ser,
Y locos, delirantes, frenéticos caminan,
Libando en su delicia la copa del placer...)

¿Por qué la muerte airada destruye con premura
La vida de uno de ellos con rapidez fatal?...

¿Por qué serán tan breves las horas de ventura?

¿Por qué es el infortunio, la herencia del mortal?...

¡Qué triste es la existencia! Si no hubiera otra vida...

Seria Dios inclemente formando nuestro ser,

Para tan solo darnos dolores sin medida;

Le seria grato entonces el vernos padecer.

Crear esto, es un absurdo: si Dios nos ha creado,

No puede habernos dado completa destruccion.

La nada, es imposible nos pueda haber formado;

¿Vivimos?... Dios existe: no hay otra deduccion.

Puesto que Dios existe, se vé lógicamente

Que tras la hueca tumba se extiende el porvenir;

Si el hombre es obra suya, es claro y evidente

Que tiene otra existencia para poder vivir.

El Ser omnipotente, artista sobrehumano,

Formó el cielo y la tierra, y el insondable mar;

Y estando el universo trazado por su mano...

Su fábrica grandiosa, El mismo ha de admirar:

Pues vemos los pintores que miran extasiados

Las bíblicas figuras que traza su pincel,

Y al escultor que adora los mármoles helados,

Porque les presta aliento su mágico cincel.

Si el hombre (ser pequeño) le rinde á sus creaciones,

Tan tierna, tan profunda, tan dulce admiracion...

Aquel que le dá vida á nuestras sensaciones

Y que es todo grandeza, y todo perfeccion...

¿Seria inferior al hombre? ¿Tendria un placer profundo

En ver que nos rendia la fuerza del dolor?...

«Este monstruoso efecto, nos negaria que el mundo,

Es la obra gigantesca que Dios hizo en su amor;

Y entonces nuestra mente, confusa y aturdida,

Sin brújula, sin faro, sin leyes que seguir,

Hallando insoportable la carga de la vida,

Se buscaria en la muerte un término al sufrir;

Y llegaría un momento, que el mundo desquiciado,

Estando carcomido su inmenso pedestal,

En un caos insondable se hubiera trasformado,

Reinando en todo el orbe... silencio sepulcral.»

¡Ah!... no, esto es imposible; de Dios la vida emana:

La humanidad le debe su ciencia y su poder;

Irremisiblemente tenemos un mañana,

Más grande, más sublime que nuestro triste ayer.

Perdiendo esta esperanza, la vida es un desierto

Donde tan solo abrojos encuentra el corazón:

El más allá nos brinda el anhelado puerto,

Donde el mortal alcanza su eterna salvacion.

El Evangelio encierra la sávia de la vida:

Sin él, la incertidumbre; sin él, la oscuridad;

Con él, hay esperanza, esencia bendecida;

Sin él, todo es mentira; con él, todo es verdad.

Sin él, pierde su objeto la dolorosa historia,

Del generoso mártir que sucumbió en la cruz;

Sin él, se vé el averno; con él, se vé la gloria;

Sin él, reinan las nieblas; con él... brilla la luz.

VIOLETA.

DAMASCO.

Existe en Siria una inmensa llanura que se extiende por el Norte hasta los montes del Anti-Líbano, regada por un río caudaloso, cuyas aguas corriendo por siete brazos hacen de ella uno de los parajes más fértiles y risueños del mundo, existe todavía la antigua y célebre ciudad de Damasco. Su admirable situación entre el Asia interior y el Asia menor, ha sido siempre causa de que su comercio sea activo, y grande su importancia política. Muchas veces destruida por los temblores de tierra ó por los azares de la guerra, siempre ha sido reedificada, gracias á la belleza de su posición topográfica, la dulzura de su clima y la variedad de sus productos. Sus habitantes creen que en el lugar que hoy ocupa Damasco, estuvo situado el Paraíso terrenal.

La población actual de Damasco es de 200.000 almas. Sus calles son estrechas y sucias. Contiene gran número de iglesias cristianas, y más de 200 mezquitas.

Damasco existía ya en tiempo de Abraham. Pero no es su antigüedad á lo que debe Damasco su celebridad en la historia. Caminaba un día hacia ella un joven fariseo llamado Saulo, ardiente perseguidor de los cristianos. Planes de destrucción se agitaban en su mente. Parecía que el cristianismo era una inmensa herejía, el Cristo un impostor y sus secuaces hombres indignos de todo respeto, buenos á lo más para ser lapidados. De pronto fué derribado de su caballo en tierra por un poder sobrenatural, y oyó una voz que le decía: «Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues?» Era la voz del buen Pastor que buscaba á su oveja descarriada; era la voz de Jesucristo que preparaba así á su gran apóstol. Saulo se llamó después Pablo; el antiguo enemigo de Cristo fué el más entusiasta propagador de los cristianos; aquel joven de misera apariencia, de palabra difícil, cargo sobre sus hombros, cual nuevo Sansón, el poderoso imperio romano, y lo depositó con toda humildad á los pies de su divino Maestro.

Los cristianos de Damasco muestran aun al viajero á 500 pasos de la ciudad el lugar donde Saulo fué derribado de su caballo, y en el interior la calle y la casa donde Ananías le bautizó. Esta casa fué convertida más tarde en iglesia, y los turcos han hecho de ella una mezquita.

LOS CONVENTOS.

I.

Alguna vez que otra nos ha sucedido detenernos delante de uno de esos caserones inmensos, con portada más ó menos suntuosa, con largas hileras de ventanas, espectros mudos que parece que palpitan y que sienten con otra vida distinta de la que espere en torno de sí el siglo XIX. Aquel caserón místico, decrepito, ya no encierra las alegrías que encerraba hace cuarenta años. Reina allí el silencio, no de la regla, sino de la muerte. Aquello es una desolación. Por la mañana el viejo demandadero sale á hacer los recados á las buenas madres, ó el motilon sale á hacer los encargos de los padres reverendos: vienen después el vinatero, el panadero, el carnicero, todo el que tiene que vender algo que se coma ó que se beba, porque, eso sí; los reverendos padres ó las excelentes madres, todavía comen bien, todo para mayor gloria de Dios, se entiende, y he aquí concluido el asunto. La puerta se cierra después; la casa del silencio se vuelve á quedar muda. Aquel asilo de desterrados ó de desterradas ha tomado la cantidad de vida necesaria para veinticuatro horas. Alguna marquesa beata; algun obispo de provincia que viene á algun asunto y que se hospeda allí; el inspector del distrito que viene de cuando en cuando á ver si hay en el coro ó en cualquiera otra parte algun depósito de fusiles y de boinas para la inmediata insurrección carlista, esas son las visitas que tienen los reverendos ó las reverendas. Si son monjas, cosen, bordan, frien, asan, hacen confituras, flanes y otros dulces monjiles, para el público, si se lo paga por supuesto, porque los tiempos andan malos, y el Gobierno paga poco, mal y tarde: si son frailes, y saben vivir, inventan algun mejuenge

como los cartujos de Grenoble, que venden el esquisito licor llamado la Cartuja, ó los monjes de San Bernardo, que venden su famosa árnica, ó la excelente mistura que expenden los benedictinos de Tecamp, compuesta con las plantas que nacen en los arrecifes de Normandía. Esto es hoy un convento de monjas ó de frailes.

¡Cómo han cambiado los tiempos! En otros siglos la vida estaba en ellos; allí iban los reyes, los nobles, los altos prelados: en ellos solía concluirse alguna aventura cortesana ó ultimarse alguna intriga palaciega: allí se hacía la historia entre hisopos, tocas, agua bendita y hábitos frailunos. Hoy ¡qué diferencia! las largas tapias parecen más sombrías que nunca: los claustros, más desiertos, la iglesia más muda. Cuando las madres salen al coro, sus cánticos parecen un perpétuo *De profundis*. Cantan y parece que gimen. Cuando se oye salir allá hacia lo alto, por entre las celosías del coro aquel conjunto de voces apagadas y sin timbre, no puede uno menos de preguntarse: «¿Quiénes son las que cantan?» —«Monjas.» —«¡Ah! almas en pena.» —Y en efecto lo son.

Allí están ellos y ellas. Tienen su sepulcro y le llaman su celda. Al viento que azota las paredes del convento, al ruido de la calle, á la vida que salta alegre por todas partes la llaman con santos y devotos espeznamientos «el siglo.» No hay que hablarles ó hablarlas de nada; si acaso, un poco mal, de los gobiernos liberales que quieren á todo trance acabar con nuestra santa religión. Lo demás no les importa. Si hay guerra que la haya. A la puerta de aquella casa se han dejado todos los sentimientos; patria, amor, familia, entusiasmo, ideales. Tras aquella puerta fatídica no hay más que fantasmas con hábito. Allí no se puede entrar con corazón. Se ha dejado de ser persona humana. Los árboles de la huerta son los cipreses: el convento es la tumba: en él hay unos pocos muertos ó muertas que andan. Eso es todo.

Pero en esta cuestión ocurre una cosa notabilísima. Todas las revoluciones han puesto su mano sobre los frailes; pero estos, con una pertinacia horrible, con una persistencia que solo cabe en estas gentes, han vuelto cautelosamente á los países de donde les expulsaron, se han agarrado á los faldones de los viejos aristócratas que siempre tienen grandes influencias en los palacios de los reyes, y han conseguido, á pesar de las resoluciones de los Parlamentos, la restauración de los viejos monasterios, ó la instalación de otros nuevos. Aquella obra que comenzó Gregorio VII; aquella obra proseguida unas veces, interrumpida otras en medio de los esplendores teocráticos de la Edad Media por el genio de la libertad civil, que no se dejará sofocar nunca; aquella obra detenida por las tempestades y los terrores que despertó el protestantismo; vuelta á continuar en el siglo XVII á pesar del cartesianismo; vuelta á suspender cuando sonó la hora tremebunda en que todas las injusticias y todos los absurdos tuvieron que comparecer ante aquel tribunal de los siglos que se llamó revolución francesa: hoy, en estos tiempos, bajo el pontificado del pacífico y bondadoso Pío IX, se ha continuado á la sordina, sin estrépito, pero tenazmente, para caer, si fuera posible, un día, que no hay manera hábil para que el genio de la teocracia comprenda el siglo en que vive, sobre la libertad de los pueblos, y anonadarla otra vez como en los días negros de su gloria.

Por eso son tan temibles esos benedictinos llenos de paciencia, esos carmelitas llenos de dulzura, esos franciscanos llenos de humildad. Bajo aquel hábito ocultan un puñal para matar la civilización. Por eso los combatimos. Ellos no pueden olvidar ni olvidan su pasado lleno de esplendores; esa es su perdición. La antigua Nieve lloraba la pérdida de sus hijos: estos los lloran y procuran vengarlos. Su rencor contra el presente no es mas que la memoria de su pasado. Ya no hay aquellos magníficos nobles que donaban en buenos pergaminos extensos bosques ó dilatadas praderas: ya no hay más que brutales é intransigentes hombres del pueblo que se han apoderado de los gobiernos y mandan en nombre de la libertad humana. Por eso hay que pedir ahora en nombre del derecho de asociación, lo que ayer se pedía en nombre de Dios y del privilegio. Esto será inmoral, pero es católico.

No os atacamos, frailes de este siglo, porque os reunais en común para orar, para comer, para celebrar estos ó los otros ritos. No; bajo ese punto de vista sois

sagrados para nosotros. Os amparais bajo uno de los derechos de la personalidad humana y sois inviolables. Os atacamos, porque teneis el espíritu de vuestros antepasados: porque proseguís su ideal hecho ya trizas por las tempestades de la libertad; porque vuestras asociaciones particulares son una amenaza á la asociación general: porque la alforja al hombro que llevais en las cuestaciones que haceis no es más que una bandera de enganche de fanáticos y de ignorantes; porque todavía haceis captaciones como las del niño Mortara; porque amais la violencia en la religión y adorais la Inquisición en secreto y sois una amenaza terrible, espantosa, contra la libertad de conciencia.

Pero esto no basta decirlo, hay que probarlo.

A. SANCHEZ DEL REAL.

RECTIFICACION.

En la hoja publicada por la Asamblea de la Iglesia cristiana española, se ha cometido un error leve que creemos deber rectificar. Sin duda con objeto de facilitar la tirada, se han hecho en la imprenta dos moldes, y los cajistas han dejado pasar sin corregir una palabra que altera la verdad de los hechos. En muchos ejemplares de la hoja está escrito en la última línea de la primera columna, «presidente del Comité de Madrid,» debiendo decir: «presidente de un Comité de Madrid,» puesto que existen dos; uno del que depende entre otras obras cristianas la iglesia del Redentor, y otro á cuyo cargo está la iglesia de Jesús.

LAS ANTÍFONAS DEL SEÑOR SAN NICOLÁS.

En un vetusto manuscrito del siglo XIV, encontramos las siguientes graciosas aventuras que no queremos dejar pasar ocultas para nuestros lectores.

Una víspera del día de San Nicolás reuniéronse ante el prior de un convento los jóvenes frailes de él y le rogaron que al día siguiente les permitiera cantar el *responsorio* de San Nicolás. El prior contestó negativamente, diciendo que era una mengua el abandonar las cosas viejas por las nuevas; los jóvenes frailes que representaban el deseo de innovación y de progreso que acompaña siempre á la juventud, le replicaron:

—¿Pero por qué no cantamos, reverendísimo padre, la historia del señor San Nicolás, que es tan dulce y es tan celebrada por todos?

Los jóvenes creyeron ablandar con aquella súplica el duro corazón del prior, pero se equivocaron por completo, y este les manifestó de una manera terminante que jamás se cantarían en su iglesia los *noveles cantares* que hacen los *clérigos* del siglo.

Hubieron de callar, bien á la fuerza, por cierto, los frailes que pretendían innovación tan trascendental y peligrosa, y hubieron de resignarse á cantar las vulgares vísperas y los vulgares maitines de todos los días.

Pero hete aquí, que cuando el buen prior estuvo acostado, tuvo una visión terrible. El señor San Nicolás se le presentó hecho una furia, le agarró de los cabellos, le arrancó del lecho, le arrojó al suelo, le vapuleó de lo lindo, y el mismo santo, en las propias mesadas barbas del abad le cantó la antífona, ¡O pastor æternæ! sin dejar de golpearle hasta que se terminó.

El prior gritó furiosamente. Todos los golpes, incluso los de los santos, duelen bastante, y el prior era por lo visto de nuestra opinión. El viejo pergamino añade que desde aquel día el prior permitió que se cantaran todas las antífonas nuevas habidas y por haber, con gran contentamiento de los jóvenes frailes, que por lo visto habían ayudado mucho al buen San Nicolás en la tremenda paliza dada al prior.

¡Qué santos estos católicos que abandonan el cielo, por el seráfico placer de formar parte de cualquier mundana partida de la porra conventual!

FÉ SOLAMENTE.

Para ser buen cristiano.
Se necesita
Lo primero ante todo
Una fe viva.
Así, tenedla,
Porque las otras cosas
Vienen tras ella.

Los católicos dicen:
«Vaya unos necios
Que creen ganar lo alto
Diciendo «creo.»
»Bueno es el Cristo,
»Pero la Iglesia es antes
»Y esto es lo fijo.»

O yo no entiendo esto
Ni sé dónde ando,
O el fundador es antes
Que lo fundado.
No, dicen ellos,
El cielo es de los curas;
No hay Dios sin clérigos.

Con estas teorías
Y estas patrañas
Ha vivido engañada
La pobre España.
Ay, ¡quién nos diera
La fe de los quemados
En las hogueras!

Doncellas delicadas
Y pobres niños
Morian repitiendo:
«Mi fe es el Cristo.»
Y ellos los fieles,
Mataban exclamando:
«Morid herejes.»

El que a mí me dijere
«Esa es la iglesia»,
Yo le diré al instante
«Esa es la herejía.»
El Evangelio
La ha servido en sus manos
De sable y cetro.

Para adorar a Cristo
No es necesario
Ni un Papa, ni una espada,
Ni relicarios.
Esas son cosas
Con que se allegan puestos,
Oro y coronas.

Aun hay entre nosotros
Mucha ignorancia,
Supersticiones muchas
Y mucha farsa.
Pues guerra a ellas;
Con la divisa Cristo
¿Hay quien no venza?

A. SANCHEZ DEL REAL.

VARIEDADES.

URSULA Y LAS ONCE MIL VIRGENES. (1)

Devoilons tout ce qui est
faux, pour revenir à ce qui
est vrai.
RAGON, *Orthod.*, mas..

Larga y entretenida tarea sería la de apuntar los errores, disparates y mentiras piadosas consignadas en

A pesar de haberse ocupado LA LUZ de este asunto, el siguiente artículo contiene algunos datos nuevos que creemos conveniente publicar.

(La Red.)

las vidas de los santos, así por el cardenal Baronio en sus *Anales*, Villegas en su *Flos Sanctorum*, los Bolandistas en sus *Actas de los Santos*, como por otros hagiógrafos y redactores de Santorales, cuyas obras son el arsenal adonde acuden los predicadores para los apuntes de sus sermones y panegíricos. Y que esto es una verdad, lo vamos a ver respecto a Santa Úrsula y las once mil vírgenes.

Pongamos primero la curiosa noticia que sobre ellas encontramos en uno de nuestros libros ascéticos del año 1730, que dice así:

«A 21 de octubre de 383, Máximo, tirano del imperio romano, que se llamaba emperador por muerte de Graciano, que fue en este año, envió por una flota de mujeres a la Gran Bretaña para casarlas con sus soldados, y que poblasen la inferior Bretaña, cuyas ciudades habia despoblado con sus armas; y viniendo dicha flota con once mil castas vírgenes, dieron en ellas un ejército de hunnos, gente bárbara y feroz, que queriendo aprovecharse de ellas, y resistiéndose a sus torpezas, las pasaron a cuchillo, quitándolas las vidas, siendo la principal la gloriosa Santa Úrsula, que animó a todas a que sacrificasen sus vidas en honor de la fe de Jesucristo y de su virginidad. Trata de estas santas vírgenes el cardenal Baronio en el tomo IV. de sus *Anales*, folio 383, y el autor de los *Siglos Jeronimianos*, folio 328.»

Ya vé el lector con qué precisión se cita el día, el mes y el año en que le ocurrió al emperador Máximo enviar por una remesa de castas doncellas a la Gran Bretaña para casarlas con sus soldados, como envía un comerciante a pedir a Escocia una remesa de bacalao.

Vamos con unas cuantas preguntas.

¿Salió Úrsula de Londres con sus once mil compañeras, vírgenes por supuesto, para fundar un monasterio en las orillas del Rin, como dicen algunos de sus biógrafos? ¿Puede creerse que esas once mil y una mujeres fuesen a bordo de un solo barco inglés, enviadas desde luego a la Baja Bretaña para casarse, tímidas doncellas, con once mil soldados, y poblar el país según los deseos del citado Máximo, emperador? ¿Se podrá creer que una tempestad milagrosa las arrojara a las bocas del Rin, que remontasen el río hasta Colonia, continuando su navegación hasta Basilea, como quieren otros, y que de allí fuesen a pie a Roma, volviendo por el mismo camino a Colonia, en donde fueron sorprendidas por los hunnos y asesinadas? ¿Se podrá creer, como apunta el erudito Salgues, que se ha ocupado en criticar el cuento de las tales doncellas, que una cuadrilla de jóvenes impertinentes hayan querido hacerles la corte de una manera bastante brusca; que la tropa virginal los rechazase con valentía, y que estos descorates alemanes las diesen muerte para enseñarlas a ser otra vez más cariñosas? ¡Vaya una tontería! once mil y una mujeres, dando voces, gritos, alaridos y bochados, son capaces no solo de dar en tierra con una chusma de borrachos tudescos, sino de hacer frente a un escuadrón de hulanos.

Entienda el lector que estos distintos hechos están confirmados por un historiador llamado Sigeberto, por Pedro Noel, por el obispo Geoffroi de Saint-Asaph, y sobre todo por un reverendo monje benedictino que en el siglo anterior escribió profundas meditaciones sobre el nacimiento, vida, viajes y muerte de Úrsula y sus once mil compañeras. Hay en castellano un refrán que se refiere al mucho papel que emborronaría el jesuita Sanchez, que dice: «No ha escrito tanto el demonio como Sanchez de matrimonio.» Bien pudiera decirse lo mismo de las resmas de papel que necesitó emplear el benedictino para apuntar los pécances de sus once mil y una, por supuesto todas vírgenes. Pero como en este pícaro mundo está todo sujeto a tropiezos y contradicciones, no faltan críticos incrédulos que desechan relaciones tan ridículas.

Han hecho observar, primero, que el número de vírgenes era un poco fuerte, que con dificultad se las hubiera encontrado tales en los mejores tiempos del cristianismo; que la Iglesia católica no ha podido fijar nunca el número de vírgenes que se supone fueron a Colonia; que el martirologio de Wandelbert, compuesto en 850, y uno de los conocedores más estimados, según el antes citado Salgues, no refiere su número más que a mil, lo cual es todavía mucho. Se le ha sostenido a dicho martirólogo, que era preciso llevar la reducción mucho más lejos, diciéndole que debía suprimirse de una

plumada, nada menos que diez mil novecientas ochenta y nueve vírgenes; de manera que en vez de once mil no se le ha querido conceder sino once; lo cual es causa de que queden muchos sitios vacantes en el Paraíso.

Estos críticos se apoyan en una inscripción que interpretan a su manera; está inscripción dice: S. ÚRSULA ET XI. M. V. Los que están por las once mil, han traducido *Santa Úrsula y once mil vírgenes*; pero los críticos exigentes aseguran que esta interpretación es errónea, y quieren que se traduzca *Santa Úrsula y once mártires vírgenes*; y para apoyar su pretensión, citan un catálogo de reliquias, sacado del *Spicilegium* del P. don Lucas de Acheri, en el cual se lee: *De reliquiis SS. undecim virginum*, de las reliquias de las once santas vírgenes.

Reducir once mil a once, es ya mucho; sin embargo, otros críticos más severos todavía, han pretendido hacer una rebaja y llevar la sustracción mucho más lejos, porque no quieren absolutamente sino dos vírgenes en lugar de las once mil y una; protestan que se han leído muy malos antiguos martirologios, los cuales decían: *SS. Úrsula et Undecimilla virg. mart.*, es decir, *Santas Úrsula y Undecimilla, vírgenes y mártires*. Copistasignorantes han tomado un nombre de mujer por un nombre de número, y se han imaginado que *Undecimilla* era una abreviatura de *undecim millia*, y de una plumada han creado diez mil novecientos noventa y nueve vírgenes.

Sin embargo, de que la equivocación, alteración o mentira está sobradamente manifiesta, no impide que el cleró esploté la credulidad del pueblo en pleno siglo XIX, como lo hacia durante las tinieblas de la Edad Media. En 1837 dice F. Laurent, (1) la Iglesia de Colonia celebró el aniversario del martirio; el arzobispo prestó su nombre a la solemnidad ordenando la exhibición de las santas reliquias, entre las cuales figuraba un pedazo de la vara con que fue azotado Jesucristo, un cántaro de la boda de Canaán, y dícese también que huesos de caballos. Todas las fábulas que han servido para formar la leyenda se repitieron en aquella ocasión en librillos devotos publicados por los sacerdotes de Colonia con la aprobación del arzobispo. (2) Jamás ha habido impostura más descarada; importa fijarse en ella, a fin de enseñar a las buenas almas, a las cuales se fanatiza por medio de mil lagos, cómo se fabrican los santos y cómo se fabrican los milagros.

Continúa el citado Laurent. La escena se abre en 1106, se descubren algunos cuerpos de las once mil vírgenes. En 1123, San Norberto, fundador de los premostratenses y gran fabricante de milagros, encuentra de ellas otros cuerpos, se supone por inspiración divina; vamos a ver lo que valen estas visiones. En 1155 principia la explotación en grande de la mina de las reliquias; tan rica era que trabajaron en ella nueve años. Dos abades presidieron los trabajos. Los resultados superaron a las esperanzas: se encontraron esqueletos de hombres juntos con esqueletos de mujeres. Gentes más hábiles se hubieran desconcertado; pero los frailes tenían una larga experiencia de los *fructus piadosos*; recurrieron a una monja estática: el hermano de Isabel de Schoenau, monje en Colonia, y más tarde abad, se aprovechó de las alucinaciones de su hermana. La inspiró a revelaciones por la necesidad de la causa; el mismo fué quien las escribió, sin pruebas, en ausencia de todo testimonio; escribió lo que quiso. Las revelaciones son dignas de los medios que se emplearon para obtenerlas: contienen anacronismos tan groseros, están en contradicción tan manifiesta con la leyenda primitiva, que el sabio jesuita Papenbroch declara que toda la obra es una ficción, una insigne mentira. (3)

En la Edad Media eran menos escrupulosos en las pruebas: habiendo hablado Dios por boca de una santa, no era permitida la duda. Continuóse, pues, la explotación; pero hé aquí que se encuentran huesos de niños. Por lo pronto, la santidad de las once mil vírgenes y de los santos personajes que las acompañaron, parecía comprometida. La monja visionaria habia muerto.

(1) *Etudes sur l'Histoire de l'Humanité*, un tomo 8.º, pag. 82. — Bruxelles.

(2) SCHADE, *die Sage von der heiligen Ursula*. Hannover, 1851, págs. 22, 47.

(3) PAPENBROCH, *conatus chronico-histor. ad catalog. Rom. Pontif.*, pag. 31.

Riase el lector. En Colonia están también los cuerpos de los tres reyes magos que vinieron de Oriente, los cuales, dice el Evangelio, se volvieron a su tierra por distinto camino.

to. ¿Qué hacer en aquel lance? Se dirigieron á un fraile premostratense que estaba en olor de santidad, y se le pidieron revelaciones, las cuales no faltaron pero eran más incoherentes todavía y más ridículas que las de Isabel de Schoenau. De tal manera se descubre el fraude en cada línea, que un teólogo católico, para alejar la sospecha, presume que todo ello podría ser muy bien una rechiffa: un santo se habría burlado de una santa. (1) En el siglo XII no se miraba mucho en ello; las visiones, por absurdas que fuesen, encontraban fácilmente crédito. De modo que además de las once mil vírgenes, hubo más de once mil niños mártires.

Pongamos unas pocas líneas más sobre este último suceso. ¿De dónde procedía esa muchedumbre de osamentas? De sepulturas romanas de la antigua Colonia Agripensis. Los sarcófagos, las inscripciones latinas, las armas, los utensilios encontrados en las tumbas, no dejan duda ninguna sobre este punto. De modo que los huesos de los paganos han sido reverenciados durante siglos, y lo son todavía como reliquias de vírgenes mártires. ¡Estas supuestas reliquias han obrado milagros! ¿Qué argumento tan decisivo para la autenticidad de muchos milagros y reliquias! Un sabio alemán ha probado, en cuanto pueden probarse semejantes cosas, que Ursula, la santa de Colonia, era una diosa pagana. (2)

Escritores concienzudos afirman que no hay datos exactos sobre la historia de esas supuestas santas. El mismo Baronio confiesa que las actas verdaderas del martirio se han perdido, y que por esto se ha permitido cada uno forjarlas á su capricho. Nuestro padre maestro Florez en su *Clave Historial*, se atrevió á decir «que en la canonización de estas santas hay muchas cosas falsas y suposiciones.» Y decimos *se atrevió* solamente, porque á haber dicho que era una mentira escandalosa, acaso hubiera tenido que ver con la santa Inquisición.

Por más que se diga, todo es suposición, todo fábula. Sigeberto hace de Ursula la hija de un príncipe de la Gran Bretaña, llamado *Nothus*; pero Geoffroi de Saint-Asaph le dá por padre á un rey de Cornuailles, llamado *Dionocus*, y Pedro Noel hace de ella una escocesa hija de *Maurus*, poderoso rey de aquellas comarcas. Geoffroi pretende que fué prometida en casamiento á *Commanus*, uno de los reyezuelos de la Gran Bretaña, y Noel sostiene que fué á Eleutherus, monarca de toda la Inglaterra.

Si, pues, admitimos que no hubo más que dos vírgenes, Ursula y UNGEMILLA, ¿qué hemos de decir del número de cráneos que de las once mil se encuentran en varias partes? Reducir las vírgenes á dos, sería una mengua para esos adoradores de osteología seca; y por tanto, la alteración de los antiguos martirologios, seguirá apareciendo en los calendarios el día 21 de Octubre.

Prosigamos. En un regalo que hizo al convento de franciscanos de Santo Domingo de la Calzada don fray Bernardo de Fresneda, confesor del emperador Carlos V y Felipe II, obispo de Cuenca y arzobispo de Zaragoza, entre otras cosas de mucho valor, dió unas andas adornadas de finísima pedrería, y en medio una cabeza de las once mil vírgenes. Esto lo cuenta el doctor Tejada en su *Historia de Santo Domingo de la Calzada*, folio 251.

Un tal Ximénez Jurado, autor de unos *Anales eclesiásticos de Jaén y Baeza*, dice en la pág. 479, que en una iglesia, cuyo nombre no recordamos, hay dos cabezas de dos de las once mil vírgenes, llamadas Santa Emergada y Santa Segelante. ¿De dónde le vendrían esos datos al buen Jurado?

Refiriendo D. A. Rotondo la osamenta que se encuentra en los relicarios del Escorial, en su historia de aquel monasterio, dice que hay muchas cabezas de las once mil vírgenes. Al decir *muchas*, el lector puede figurarse las que quiera.

En el relicario de la catedral de Santiago de Galicia, el *lenguajero*, ó sea el *cicerone* de aquella iglesia, nos enseñó muy satisfecho siete cabezas que dijo eran de las once mil. Ya se vé, como eran tantas, no hay sacristán que no pueda decir que tiene una, sin más trabajo que ir por ella al osario.

VATICINARE DE OSSIBUS ISTIS, profetiza sobre estos huesos, dijo Jehová á Ezequiel (37-4), puesto en medio de un campo que estaba lleno de ellos.

Si no ha habido más que dos en vez de once mil y una, ¿de quiénes serán esas calaveras que con tanta veneración conservan los *Ossilabros* ó adoradores de huesos, como llamaban los orientales á los católicos en tiempo de Leon III, ó Leon el *Isaurio*, emperador de Constantinopla?

Aquí pudiéramos aplicar el dicho de un Santo Padre, que creemos sea San Agustín, el cual, refiriéndose á muchos de los que se veneran como santos, dijo: *Multi adorantur in ara qui cremantur in Gehenna*, muchos de los que son adorados en los altares están ardiendo en los infiernos. ¿Quién sabe si algunas de esas calaveras en vez de haber pertenecido á vírgenes que estén en la gloria serán de criminales que se quemaron ahora en la Gehenna?

Como no hay mentira que no haya tenido pintores que las representen en sus obras, tampoco les ha faltado á la de las once mil, según refiere Pons en su *Viaje de España*, tomo XI, pág. 474, que cita un cuadro de ellas. Y á propósito de cuadros, el lector nos permitirá terminemos este apunte con un cuento, que como dicen los italianos, *se non è vero è ben trovato*.

Cuéntase que un rey, y no el que rabió, encargó á un pintor un cuadro de Ursula y sus compañeras; que apurado el artista para colocar en un lienzo toda aquella tropa virginal, pintó la fachada de un gran templo, de cuya puerta salía una sola figura de mujer con palma en una mano y nimbo en la cabeza; que presentado al rey, éste le preguntó cómo no había más que aquella sola figura, á lo cual el pintor contestó: «Señor, esa que sale es Santa Ursula, las demás irán saliendo poco á poco.

A. MARTINEZ DEL ROMERO.

REMITIDOS.

Señor Director de LA LUZ.

Muy señor mío y amigo: Hoy ha llegado á mis manos el periódico titulado *La Iglesia Española*, órgano de la Iglesia libre, católica y apostólica de España.

Mi deber es manifestar que no desempeño el cargo de Secretario, ni formo parte del Comité de esta iglesia; aunque si bien es cierto admití ambos cargos, viendo que no se podía desde luego trabajar en la misión de la predicación del Evangelio para salvar almas, fin principal de todo ministro de Cristo, he venido á esta iglesia evangélica á la cual pertenezco, y en la cual he venido trabajando como ahora en la predicación de la Divina Palabra.

Espero de su amabilidad se servirá Vd. hacer publicar estos renglones; anticipándome con este motivo á darle las gracias, quedando suyo afectísimo amigo y seguro servidor Q. B. S. M.

DR. JOSÉ AGUSTIN DE ESCUDERO.

Madrid 5 de Junio de 1872.

VALENCIA 4 de Junio de 1872.

Señor Director de LA LUZ.

Mi querido amigo y hermano en Jesús: Ya dije á usted anteriormente cómo nuestros amigos cristianos y algunos otros particulares míos me habían aconsejado (y yo seguía) el trabajo individual, atendidas las circunstancias por que atravesaba nuestra amada patria, promovidas y sostenidas por la gente de bonete y sotana.

Me ocupaba en esto y en cuidar de la grave enfermedad de mi amada esposa, cuando la tormenta se desencadenó de un modo terrible sobre mi cabeza; yo estaba seguro que no tardaría mucho en una población que está á la cabeza de todos los pueblos fanáticos; en un pueblo en donde se adora, sirve y rinde culto al *ídolo Virgen* de la *Saleta* que como sabeis costó al clero y un obispo francés una condenación por los Tribunales, ayeriguada que fué la indigna farsa con que tenían embaucado al pueblo con sus falsos milagros: si hubiese de referirle las diversas formas y actos con que se practica en esta la idolatría, necesitaría escribir algunas

resmas de papel, y no ocuparían poco espacio las procesiones del Corpus que desde dicho día cada tarde sale de una iglesia distinta. Pero con el fin de no hacer demasiado extenso este escrito, me concretaré á los medios empleados para inutilizarme ó hacerme abandonar esta población.

El día 18 de Mayo por la tarde, uno de mis particulares y fieles amigos me hizo conocer existía cerca de las autoridades una infame acusación designándome como un agente activo y peligroso de los carlistas, y que la policía espiaba todos mis pasos; ya debe Vd. comprender cuánta pena é indignación me produciría semejante noticia. En la mañana siguiente por estar en estado de sitio esta provincia, pasé á visitar al capitán general, al que hice comprender que mi sola misión en Valencia era el cumplimiento de mi ministerio evangélico, sin que la cuestión política ni directa ni indirectamente la tocara para nada, y que como hombre particular mis ideas eran el polo opuesto de las de esos señores defensores del retroceso y enemigos declarados de todo progreso y libertad: después visité al gobernador civil interino, al que espresé las mismas palabras que á la otra autoridad militar.

Creía deber estar tranquilo después de mi presentación á las autoridades; pero esa gente se vale de toda clase de medios por reprobados que sean para llamar la atención y el odio hacia nosotros, y en el periódico *El Mercantil* del día 19 de mayo, apareció el suelto que dice así:

«Ha llegado á nuestra ciudad procedente de Cartagena y Murcia, el sacerdote católico que fué D. Miguel Trigo, natural de Zaragoza, y que en la actualidad subvencionado por la Asociación evangélica protestante de Inglaterra, con la cantidad de 24.000 rs. anuales, viene á Valencia á hacer propaganda contra la religión que ha abjurado. Conocido el sentimiento eminentemente católico de nuestros paisanos, creemos que ha de fatigarse en vano el Sr. Trigo, y que no obtendrá en Valencia mejores resultados que los alcanzados por él en Cartagena y Murcia, de donde ha tenido que salir á *uña de caballo* como vulgarmente se dice.»

Inmediatamente tuve conocimiento del suelto que antecede, me personé en la redacción de *El Mercantil*, á fin de que rectificasen la serie de falsedades en él contenidas: tanto el director como los redactores me manifestaron no ser los autores del mismo, pero que lo pondrían en conocimiento de su autor y me darian cuenta de su contestación: habiendo transcurrido varios días sin hacerme conocer el resultado, le escribí la carta siguiente, que también he hecho publicar en otros tres periódicos de la localidad, y dice así:

«Señor Director, etc.

No habiendo publicado mi carta ni dado satisfacción alguna, lo he citado ante los tribunales para exigirle esta reparación, y en el día de hoy á la una se celebrará el juicio de conciliación.»

La lectura del suelto y mi contestación debían producir sus frutos: el propietario de la casa que habito me escribió con fecha 29 la siguiente carta:

«Sr. D. Miguel Trigo.

«Muy señor mío: Necesitando esa habitación que usted ocupa, lo antes posible, apreciaré se sirva buscar otra dejando esa vacía y á mi disposición, y con el objeto de no perjudicarle en lo mas mínimo devolveré á Vd. á prorata lo que le sobre del alquiler que me tiene satisfecho, si encuentra habitación antes de terminar el mes que me abonó últimamente.»

«De Vd. afectísimo S. S. Q. B. S. M.

TIMOTEO ANTONIO CALVO.»

Este señor es visita del arzobispo, según se me ha dicho y muy amigo del clero, de quien habrá recibido el mandato. A la referida carta le he contestado lo que sigue:

«Sr. D. Timoteo Antonio Calvo.

Muy señor mío: He recibido su carta cuyo contenido no me sorprende, pues veo el espíritu que le ha dictado, consecuencia de la lectura de mi carta, contestando

(1) ASCHBACH, Kirchenlexikon, p. 1105. —SCHADE, p. 49-56. op. cit.

(2) SCHADE, op. cit., p. 68, ss.

á *El Mercantil*, publicada en diferentes periódicos de la localidad.

Todo servicio prestado á una causa merece una recompensa, y este paso dado por Vd. es de tal naturaleza que yo no dudo que haciéndole la justicia que merece, bien pueden concederle alguna de aquellas célebres indulgencias que Tezel, encargado por el Papado, vendía en Alemania en los años 1317 y 18, por las cuales decia se perdonaban los pecados *pasados, presentes y futuros* de cualquier clase.

Dejaré su casa tan luego me arreglen la que tengo elegida, teniendo la completa seguridad que no se hundirá en los días que todavía la habite, como no ha sucedido en el mes y medio trascurrido.

El *Adelante* habia en la comarca de un país protestante, y por ser papista le negasen la concesion de una casa para vivir, ó estando en ella y pagándola lo pusiesen en la calle; sería delicioso oírle: yo me contento con darle las gracias, y pedir al Señor le conceda su amor, su misericordia y sobre todo que le haga conocer la caridad tan recomendada por Jesucristo y su apóstol Pablo.

Se ofrece de Vd. afectísimo S. S. Q. B. S. M.—Miguel Trigo de Bustamante.

El juicio con el director de *El Mercantil* tuvo efecto, obligándosele á la publicacion de mi carta, lo que ha verificado.

Este es el estado en que se encuentra esta poblacion; me he propuesto publicar todo acto que este clero ó sus instrumentos ejecuten, á fin de que puedan juzgarnos y apreciar la conducta de cada uno en particular: en otra ocasion y con más copia de datos le haré conocer á la juventud titulada católica, de esta, sus costumbres, etc. Pero no concluiré esta carta sin decirle lo que el director de *El Mercantil* y sus redactores me manifestaron el día de mi visita: «Se cansará Vd. en vano en nuestra ciudad, pues de la misma manera que hemos hecho cerrar la librería protestante se inutilizarán todos los esfuerzos y trabajos que en ese sentido se hagan.» Les contesté me causaban poca ó ninguna impresion sus palabras; que había venido á Valencia para anunciar el Evangelio, y que todo el poder del infierno, sostenido por los parciales de Roma, no sería bastante para arredrarme ni hacerme seguir adelante; que seguro del apoyo del Señor y el que las leyes nos deben, abriría lo antes posible un local donde poder predicar esas mismas doctrinas.

Efectivamente, la supresion de esta librería ha causado mucho daño, envalentonando á esta gente; pues tanto por nuestros amigos el Sr. Brigadier, el catedrático y otros, así como las muchas personas con quienes he hablado, todas me dicen lo mismo de la referida supresion: asunto es este muy delicado para gestionar cerca de la Sociedad Bíblica para su reposicion en cualquier otro punto de la poblacion, por la cuestion de gastos y por hoy pocos productos; pero esto tal vez produciría su efecto.

Como quiera que todo lo que antecede ha hecho mi persona visible, verificada mi presentacion á las autoridades, y dado á conocer en ciertos círculos, tan luego verifique mi traslacion á la nueva casa calle de Serranos, núm. 27, cuarto segundo, pienso visitar los centros de reunion, en los cuales creo tendrán eco nuestras salvadoras doctrinas.

Concluyo por hoy suplicando á nuestros hermanos de dentro y fuera de España oren al Señor para que me conceda su apoyo y proteccion, y que su Santo Espíritu prepare los corazones de este pueblo, á fin de que la semilla de su palabra pueda producir copiosos frutos para gloria suya.

Queda de Vd. con todo afecto y amor cristiano su amigo y hermano en Jesús,

MIGUEL TRIGO DE BUSTAMANTE.

El Sr. Trigo ha dirigido á *El Mercantil*, la siguiente comunicacion:

«Señor Director del periódico *El Radical*.

Muy señor mío y de todo mi aprecio y consideracion: Desearia merecer de su bondad é imparcialidad se sirva dar cabida en el periódico de su digna direccion, á

la siguiente carta que con esta fecha dirijo al de *El Mercantil*, por lo que le quedaré reconocido.

Con este motivo se ofrece de Vd. afectísimo seguro S. Q. B. S. M.—MIGUEL TRIGO DE BUSTAMANTE.

Señor Director de *El Mercantil*.

Muy señor mío: Creo que como consecuencia de nuestra entrevista en el día 21 del corriente, se me debía una contestacion, la que en vano he esperado hasta hoy; pero siguiendo el plan de conducta que en union de mis amigos hemos acordado, por tercera vez me dirijo á Vd., con el fin de que se me diga de un modo claro y preciso, si están ó no dispuestos (cumpliendo con un acto de justicia y leal proceder) á rectificar las falsedades que en el suelto publicado en su periódico núm. 48 del domingo 49 del actual, se han permitido publicar: los hechos á que me refiero y que deseo consten, son los siguientes: 1.º Que jamás he sido sacerdote papista ó católico, como Vds. pretenden titularles. 2.º Que no he pertenecido ni pertenezco á sociedad alguna inglesa, y por lo tanto que tal asignacion de 24.000 rs. es una apreciacion gratuita del noticiero *anónimo*; pero sí tengo por su pueblo un grande afecto y amor cristiano. 3.º Que mal puede salir á una *de caballo* de un pueblo tan culto y tolerante como Cartagena, el que ha permanecido en ella treinta y siete meses, fundando una iglesia cristiana y española y dos escuelas gratuitas para niños y niñas, todo lo cual existe hoy bajo la direccion del pastor D. Felipe Orejon, que es la persona que me ha sustituido, para poder buscar en otro punto mi salud perdida y la de mi amada esposa, segun el consejo y mandato de los médicos; que mi salida estuvo anunciada con cuatro meses de antelacion y en el periódico *El Radical* de aquella ciudad me despedí de sus habitantes, en que consignaba mi profundo reconocimiento por su comportamiento, afecto y simpatías, ofreciéndoles mi nueva residencia, así como en la redaccion de dicho periódico y sociedad he pedido se ponga la direccion de mi habitacion en Valencia, para que todos con conocimiento de ella puedan disponer de mí.

Respecto á lo de la abjuracion, solo me produce lástima el que se sirvan de tan mezquinas apreciaciones, solo con el fin de causar efecto, y hasta exaltar las pasiones de los desgraciados que por su falta de instruccion los tienen fanatizados.

Soy católico y apostólico, *no romano*; católico, por pertenecer á la Iglesia universal fundada por el Divino Maestro Jesucristo; apostólico, por seguir en toda su primitiva pureza las sublimes doctrinas de mi Señor y Salvador Jesucristo, escritas y legadas por sus discípulos los apóstoles: rechazando todos los errores, innovaciones y abusos introducidos (por los hombres de cualquier clase ó categoría á que hayan pertenecido) en esa religion tan pura y santa, que fué sellada con la sangre inocente del Cordero Inmaculado.

Concluyo, pues, señor director, confiando en que obrando con la lealtad que se debe todo hombre honrado y cristiano, serán rectificadas las falsedades del suelto á que me refiero, y en la forma que dejo consignada, publicando esta carta.

Vuelve de nuevo á ofrecerse de V. atento seguro S. Q. B. S. M.—El ministro del Evangelio, MIGUEL TRIGO DE BUSTAMANTE.

Valencia 26 de mayo de 1872.—San Vicente, 139, segundo.

NOTICIAS VARIAS.

En Florencia se ha celebrado en la primera semana de abril una Asamblea de ministros, evangelistas y delegados de las 35 congregaciones evangélicas establecidas en Italia por la iglesia Valdense. El número de representantes ascendió á 60. Como acto de union fraterna, convidó la Asamblea á los representantes de la Iglesia libre, la Bautista y otras Iglesias evangélicas que trabajan en la viña del Señor en Italia.

El Presidente hizo una reseña de la historia de sus misiones desde el año 1836, cuando por primera vez pudieron los valdenses enviar desde sus montañas á los que predicaron el Evangelio en Italia, haciendo notar la

gran bendicion que Dios había concedido á sus indignos esfuerzos.

Las memorias presentadas de la obra evangélica en cada Iglesia, ofrecieron mucho interés y dieron lugar á fervorosas acciones de gracias por todo lo que ha hecho el Señor. En la isla de Sicilia, particularmente, muchas conciencias han sido despertadas recientemente, y muchas almas han venido á conocer el amor de Dios y hallado paz creyendo en aquel grande amor, única fuente de nuestra salud.

El obispo de Roda dice en una reciente pastoral: «Los pueblos católicos van decayendo, y las naciones latinas que han permanecido fieles á la Iglesia romana no se han salvado.»

Un escritor, en la *Revista de Bélgica*, hace la observacion que, si se admite la inferioridad de los pueblos católico-romanos, es difícil no atribuirlo al catolicismo romano.

Y esto lo dice, porque el obispo, en su pastoral, lo atribuye á que hayan faltado los pueblos romanos á su religion y á su Iglesia.

El día 7 del corriente se verificó en Córdoba el primer entierro de un adulto protestante. Durante su enfermedad, que duró cinco días, el clero se opuso con todas fuerzas á que el pastor Sr. Sanchez Lopez fuera el que visitara la casa; pero ante la firmeza del doliente, tuvieron que ceder los sacerdotes romanos. La ceremonia del entierro se verificó del modo siguiente, segun nos escribe D. Antonio Sanchez:

«Cuando hubo fallecido, creyó la vecindad que se echaría al muladar (técnico), pero cuando vieron que se la colocó en una caja muy decente hecha á nuestras espensas, que se le había de enterrar en el cementerio general, y que á las cuatro de la tarde fueron por el cadáver una muy concurrida comitiva compuesta de 30 niñas, 57 niños, 40 y tantas señoras, en gran parte de riguroso luto, y 36 hombres, todos con un orden admirable, ya empezó la vecindad, y mejor dicho, la poblacion, á invadir la calle....»

«En la oracion, despues de la lectura del capítulo 43 á los Corintios, todos lloraron, movidos por una mujer, que lo hacía á gran grito....»

«Concluido el oficio en la casa, nos trasladamos al cementerio. Presidia el duelo un venerable anciano, padre de la difunta, D. Guillermo Pool y yo. El féretro lo llevaban á mano los fieles de la congregacion, yendo delante los niños, niñas, señoras y hombres formando procesion. Esto admiraba por donde pasábamos; se fué agregando tal gentío, que puedo asegurar á Vd. que junto á la hoya se encontraban más de 400 personas con un respeto y admiracion de que no ha habido ejemplo en Córdoba....»

«Mucha gente se estraña de que nos llamen judíos cuando tanto hablamos de Dios y de Jesucristo....»

«Ayer fué más numerosa la concurrencia al culto.»

El alcalde de Argel se ha negado á prestar ayuda á los sacerdotes en la procesion del Corpus, alegando que en una poblacion donde tantos cultos se hallan en presencia, no puede ayudar á uno en particular sin menoscabar la libertad de cultos.

ADVERTENCIA.

Nuevas condiciones.

LA LUZ se publica el 1.º y 15 de cada mes. El precio de suscripcion es un real mensual en Madrid y cinco reales trimestre en provincias.

Fuera de Madrid solo se admiten suscripciones por trimestre.

No se servirá ninguna suscripcion cuyo importe no se haya recibido en la Administracion.

Imp. de J. M. Perez, Corredora Baja de San Pablo, 27.